

de pronto suena el cántico que estalla en alarido:

¿En dónde está Rosa?  
Está en el jardín,  
cortando la rosa,  
sembrando el jazmín.

Entre jazmín y rosa aparece un machete, inesperadamente en el  
[“velorio”].

El machete es la paz al revés; el cuchillo se esconde  
en el momento oportuno; hay fiestas de moros y cristianos,  
en que los indios danzan  
por el Señor Santiago; y hay algunas peleas  
sin sangre, en que los moros  
huyen, pero el Apóstol se queda con las ganas  
de batirse, los indios  
le escondieron machetes y cuchillos, la espada se ha quedado  
en el museo familiar junto a las ropas  
con fino aroma de raíz de violeta en los baúles  
que guardan abolidos encantos y los santos  
de bulto que hace tiempo labraron los santeros de Guatemala, solos  
están en un rincón de la sala con su aire  
sentimental, el mismo que tiene San Antonio, el hermoso  
patrón de las muchachas casaderas  
(Antonio es castigado de veras  
si las cosas no aparecen).  
La lluvia está cayendo trémulamente sobre los recuerdos azules  
de la abuela que tiene nostalgia inconsolable al abrir el baúl  
con espejos, memorias y prendas del ayer florecido,  
las sombras de los besos que un día,  
un milagroso día, cuando menos pensaba  
al salir de la misa vió al galán que, en la Pascua,  
la vió pasar crugiente, sonriente, toda llena  
de gracia en el Amor, y al otro día  
juntaron con las manos los corazones, hubo  
un alborozo unánime en las campanas; era  
que el Padre Reyes bendecía a los novios  
debajo de la cúpula  
dorada por el tiempo. De pronto hemos llegado  
a la ciudad de Reyes y de Soto y de Rosa,  
la ciudad española que aun tiene callejones  
y ventanas discretas por donde las palomas intrusas  
bajan desde los cerros, convocadas por el  
paisaje que San Miguel vigila y limpia con su espada de fuego,  
que bien cabe en la rosa más fina que, en el muro  
dibuja su silencio encendido, y en el aire  
se queda por siempre proclamando lo eterno  
en lo efímero. La rosa es tu palabra. Tegucigalpa mía,  
ciudad entre las nubes, ara de mis amores,  
ciudad de piedra y flores,  
de piedras coloridas —más bien piedras preciosas—  
casa de primavera y casa de las rosas,  
cada vez que refulgen en mi íntimo sagrario,  
ahí donde el clavel erige su purpúrea  
belleza con rocío, y ofrece la diadema  
de su aroma pretérito, su aroma que se asoma  
en los versos de Reyes, el civilizador,  
más grande que el guerrero que frenó su caballo  
en la Plaza Mayor,

y al sólo verle exclama la muchedumbre: ¡Oh Padre,  
cuídanos con tu espada, que fué la espada insigne de la ley!  
En tus rosas de bronce Morazán ha encendido  
su milagro perpetuo; pero el mármol de Reyes  
es blanco, blanco puro, tan puro  
como el blanco de la bandera  
en el tope del viento que baja de las nubes que viajan rumbo  
[al mar,  
o que riza las aguas del Yojoa, el gran ojo demetérico  
de cristal, que ha caído sobre el paisaje ciego de la luz que  
[ha palpado

los robles centenarios, y luego se detiene  
muy más allá, en el fondo de las casitas blancas,  
blancas como la sombra de los días  
sin mancha, no los días del pasado  
que fueron negros, cuando en las cavernas  
rugían los coyotes que, con voz humana,  
eran la imagen viva de los dueños  
de las riquezas pecuarias y la hermosa  
alegría frutal y del dormido  
silencio de los campos que la sangre  
empapó inútilmente, sin dar vado  
al progreso. No mires al pasado,  
sumérgelo en la sombra del olvido;  
tus estatuas de sal se han derretido,  
y tus caudillos ya se han oxidado.  
“Cortacabezas” el bandido fiero,  
murió con el “lucero chilatero”  
sobre Olancho, y también el “Cinchonero”  
ya flota río abajo, en ese río  
que va al mar del oprobio, y, entre tanto  
bandido surgió un ángel con su canto:  
¡Reyes, el de la estatua de rocío!

#### Invocación a los abuelos

¡Oh abuelos mayas, fuisteis los primeros  
hombres de cielo y de maíz,  
sois nuestra raíz.  
visteis nacer innúmeros luceros  
desde las torres. Soy de vuestro barro  
y vuestro cielo. Sobre las espaldas  
condujisteis las piedras con decoro,  
y vuestras milpas fueron esmeraldas  
entreveradas de capullos de oro.  
No vuestra sangre dió la enorme gente  
en que los hombres eran cristalinos,  
un pueblo delicado y transparente  
que supo amar la paz, y con ternura  
cinceló, en el basalto, su cultura  
sentándose a la sombra de los pinos.  
Dadnos valor y amor, dadnos templanza,  
dadnos tan sólo el pensamiento puro  
para encontrar de nuevo la esperanza  
y poseer la clave del futuro.  
¡Oh padres, la esperanza no está inerte,  
ni toda la esperanza está perdida;  
no ha de volver la imagen de la Muerte  
a empañar los espejos de la Vida!

Filadelfia - Washington, D. C., Septiembre de 1954.



**“SELECTA”**

La Cerveza  
del Hogar  
EXQUISITA Y SUPERIOR

**Dr. E. GARCIA CARRILLO**  
Especialista en enfermedades  
Cardio-Vasculares (Registro  
del Colegio de Médicos)  
Metabolismo Basal  
Várices  
175 varas al sur de Plaza de  
Artillería